



AUTORIZACIÓN : UNA CUESTIÓN ACERCA DE LA PRÁCTICA CLÍNICA EN PSICOANÁLISIS

CARINE PERIRA

RESUMEN

El presente texto es una revisión bibliográfica donde se buscó abordar aspectos fundamentales basados, principalmente, en algunos clásicos de Freud y Lacan, sobre la cuestión de la formación analítica, así como sobre la autorización del sujeto en psicoanálisis. En este sentido, pensamos también la cuestión de la angustia como parte integrante en el recorrido de autorización del sujeto en su práctica clínica. Lacan enfatiza que la formación analítica se da de forma muy singular cuando afirma que el analista "si autoriza por sí aún" y esa releitura nos hace pensar que la autorización puede darse de varias maneras pero, sin embargo, del punto de vista ético ella se da a partir del análisis personal de cada sujeto.

Palabras clave: psicoanálisis, formación analítica, autorización, análisis, angustia.

AUTHORIZATION: A QUESTION ABOUT THE CLINICAL PRACTICE OF PSYCHOANALYSIS

SUMMARY

This paper is a literature review which sought to address fundamental aspects mainly based on some classics of Freud and Lacan, on the question of analytic training, and on the authorization of the subject in Psychoanalysis. In this sense, we think the question of anxiety as an integral part in the path authorization of the subject in their clinical practice. Lacan emphasizes that analytic training is given in a very singular when the analyst states that "if authorized by yet another" and that makes us think that releitura authorization may be given in various ways but, however, the ethical point of view it gives from personal analysis of each subject.

Keywords: psychoanalysis, analytic training, authorization, analysis, anxiety.



El presente texto tiene por objetivo buscar entender acerca de la autorización del sujeto en psicoanálisis, buscando interrogar como el psicoanalista se autoriza o no al ejercicio de su práctica clínica. De esa forma, permitiremos hacer un breve recorrido sobre el análisis y algunos factores inherentes a esta a través de algunos clásicos de Freud y Lacan, así como problematizaremos sobre la cuestión de la formación del analista para que podamos, la posteriori, hacer un encadenamiento sobre la autorización, abordando la angustia como una posible mola propulsora de esta.

El psicoanálisis es un método, conforme describe Freud (1926/1996) en su texto, “La Cuestión del Análisis Laico”, que tiene por finalidad mejorar o curar las perturbaciones nerviosas de los pacientes. Tal método hace uso exclusivo de la palabra, este es su único instrumento, y es por donde es posible que sean transmitidos sentimientos a los otros. Sin embargo, el instrumento más poderoso del psicoanálisis puede traer consigo grandes beneficios o terribles maleficios caso no sea usado y manejado correctamente.

El psicoanálisis también se caracteriza por revelar lo que es extraño (Unheimlich), lo que está en secreto, pero que, de alguna forma, consiguió manifestarse. Este extraño descrito por Freud viene a ser el objeto hay muy referido por Lacan como objeto del psicoanálisis, objeto causa de deseo, del cual el analista hace semblante. Según Quinet (2009), el objeto es algo misterioso, que se encuentra fuera del lenguaje y, por eso, es caracterizado por extraño, pero al mismo tiempo, familiar (Quinet, 1951/2009).

El análisis tiene por objetivo inducir el paciente al abandono de sus represiones, sustituyéndolas por reacciones que correspondan a una condición psíquica madura. El paciente debe recordar experiencias e impulsos afectivos que se encuentran recalcados



y, por lo tanto, inconscientes, pues se entiende que sus inhibiciones y síntomas presentemente activos son consecuencias de sus represiones. Freud (1996) relata que:

Nuestra experiencia demostró que la relación de la transferencia, que se establece con el analista, es específicamente calculada para favorecer lo retorno de esas conexiones emocionales. Es de esa materia-prima – si así podemos describirla – que tenemos que reunir aquello que estamos a la busca (Freud, 1937/1996, p.276).

En el clásico freudiano “Construcciones en Análisis”, Freud (1996) refiere que el trabajo del análisis envuelve dos personas con tareas distinguidas. El paciente debe ser inducido a recordar algo que ya fue por él experimentado y reprimido; y el analista, por su parte, no habiendo experimentado ni tampoco recalcado nada, tiene la tarea de completar lo que estaba recalcado o, incluso, construir ese material a través de rasgos que el paciente presenta. De esa forma,

(...) la ocasión y el modo como transmite sus construcciones a la persona que está siendo analizada, así como las explicaciones con que las hace acompañar, constituyen el vínculo entre las dos partes del trabajo de análisis, entre su propio papel y lo del paciente (Freud, 1937/1996, p.276).

Por este sesgo, es posible entender lo cuánto el analista debe estar atento a las señales transmitidas por el paciente, por muchas veces, extremadamente sutil, para poder desempeñar su trabajo a través de la transferencia, de modo que el paciente pueda tener esas recuerdos y que el analista consiga traerlas a la superficie en su forma más



fidedigna, favoreciendo la repetición en análisis. Es imprescindible que el analista esté consciente de que todo el material del paciente se encuentra preservado en algún lugar, nada fuera destruido, pero tal vez bien recalcado a fin de hacerlo inaccesible y, en este sentido, se entiende el trabajo como arduo, minucioso y constante.

Cuando se trabaja con construcciones en análisis, es posible que el analista venga a cometer errores, sin embargo la experiencia analítica evidencia que ningún daño es causado en el paciente, lo que ocurre es un desperdicio de tiempo. Normalmente, en esos casos, el paciente queda en una situación de pasividad frente a tal construcción o su reacción puede ser aplazada. Sin embargo, si nada se desarrolla en el paciente la posteriori, el analista debe concluir que cometió un equívoco y, en alguna oportunidad, es posible comunicar eso al paciente, frente a un nuevo material presentado, sin perder su credibilidad (Freud 1937/1996).

La terapéutica en psicoanálisis posee muchas limitaciones y Freud (1937/1996) articula sobre esas limitaciones, las dificultades del procedimiento y los obstáculos que se presentan en el curso del análisis. Siendo así, el autor deja claras las barreras que se interponen al éxito del análisis no dejando, sin embargo, de investigarlas. Los factores que se presentan como obstáculos para el análisis son más de naturaleza fisiológica y biológica, o sea, la fuerza constitucional de los instintos y la flaqueza del ego, influenciados por alguna enfermedad o disturbio hormonal y, aún, el más importante, el instinto de muerte, el cual aparece como causador de conflicto psíquico para el sujeto.

Las pulsiones del paciente se presentan de forma muy intensa durante el análisis, siendo un obstáculo al éxito terapéutico. Los mecanismos de defensa, como la resistencia, son utilizados, pues el ego se habitúa a dominar los peligros internos antes de esos se hagan



externos. Para eso, hace uso de los mecanismos de defensa a fin de evitar el displacer, la ansiedad y el peligro. Sin embargo, una vez que el análisis, en algunos momentos, hace despertar en el sujeto tales sentimientos, entran en juego las resistencias, con intención de proteger el paciente, dejando, así, correctos contenidos más inaccesibles (Freud, 1937/1996).

Los avances en análisis también son descritos de forma muy enfática por Freud (1937/1996), cuando afirma que existen tres factores decisivos para que eso acontezca, o sea, el pronóstico, las consideraciones cuantitativas y la alteración del ego. Esa última se presenta como fundamental, en el sentido de que el analista debe ocasionar una alteración del ego del paciente a fin de anular alteraciones ya presentes como resultados de las resistencias.

El proceso analítico, fundamentalmente, debe ocasionar una alteración en el ego de modo general, así, aún después del fin de un análisis, el paciente logrará, mediante un ego más fortalecido y fuerzas instituidas disminuidas, lidiar con sus conflictos. De esa forma, se cree que, independiente del resultado de la transferencia, las alteraciones del ego del paciente serán mantenidas firmes durante su vida. Freud (1996) relata que:

(...) el análisis, pero, capacita el ego, que alcanzó mayor madurez y fuerza, a emprender una revisión de esas antiguas represiones; algunas son demolidas, mientras que otras son identificadas, pero construidas de nuevo, a partir del material más sólido (Freud, 1937/1996, p.243).

Sin embargo, Freud (1937/1996) nos revela que mucha transformación es conseguida mediante un análisis, sin embargo esas transformaciones son, en la mayoría de las veces,



parciales y, por eso, antiguos mecanismos permanecerán intocados en el proceso analítico. De ese modo, se entiende que el análisis opera con instrumentos poseedores de fuerza restringida y es esta fuerza de los agentes psíquicos luchando entre sí que determinan el resultado final.

La cuestión sobre el término de un análisis es muy discutido por Freud (1937/1996) en su clásico “Análisis Terminable y Interminable”. Para que tal término ocurra, es necesario el analista haber ejercido gran influencia sobre el paciente, creyendo que ningún cambio subsecuente pueda ser realizada si el análisis continuar. Así, parece necesario que el paciente no esté más sufriendo de sus síntomas, que haya una superación de sus ansiedades e inhibiciones, que el material reprimido haya se hecho consciente y que las resistencias internas sean vencidas de modo que el paciente pueda ser capaz de lidiar con una repetición del proceso patológico con éxito. Si eso no sea posible, el análisis es considerado incompleta o inacabada.

La formación del analista para habilitar su práctica, de acuerdo con el principio lacaniano, no es algo a ser estandarizado, una vez que no hay formación del analista, y sí, formación del inconsciente. Quinet (2009) aún añade:

(...) el analista debe desprenderse de las ilusiones religiosas, políticas, científicas, y de los prejuicios en la relación entre los sexos y entre los miembros de un grupo. Y eso no sólo para practicar el psicoanálisis, pero también para constituir un colectivo que pueda proporcionar el avance del psicoanálisis y formar analistas que no cedan a las exigencias de la civilización (Quinet, 1951/2009, p.15).



No hay, por lo tanto, un saber previo en psicoanálisis, hay siempre un saber a ser producido tanto en el campo teórico-clínico, cuanto en el campo de cómo se hace un analista. En ese sentido, la elección por el psicoanálisis es una elección que contraría el ideal, que no es de la orden de la demanda, difiriendo, así, de otras corrientes teóricas. De acuerdo con Lacan (1967/2003) en “Otros Escritos”, esta elección está en la orden del deseo, el deseo de ser psicoanalista. El referido autor, en 1960/2008 cuando trabaja “A função do bem”, afirma aunque la experiencia analítica viene a ser una invitación para que el deseo sea revelado.

Freud (1937/1996), al citar Ferenczi, relata que una cuestión importante de éxito del analista en su práctica depende de él haber aprendido con sus errores y equívocos y de eso haber conseguido el mejor de los puntos débiles de su personalidad. El autor afirma aunque las individualidades del analista es algo que influencia mucho en el tratamiento analítico.

Acercas de la cuestión de las limitaciones del analista, pues, ciertamente, su identificación es fundamental para el trabajo en análisis, Freud (1996) afirma que:

(...) condiciones especiales del trabajo analítico hacen realmente con que los propios defectos del analista interfieran en su efectivación de una evaluación correcta del estado de las cosas en su paciente y en su reacción a ellas de manera útil (...) (Freud 1937/1996, p. 264-265).

El autor aún es enfático al decir que el analista cuenta con exigencias muy rigurosas para el desempeño de su trabajo.



Referente a los peligros del análisis, Freud (1937/1996) relata que, al analista preocuparse con todo el material reprimido de su paciente, puede despertar en él propio exigencias instintivas que se hacen incapaces de ser suprimidas. En ese sentido, muchos analistas acaban haciendo uso de mecanismos de defensa que los desvían de las implicaciones y exigencias del análisis, haciendo con que se mantengan alejados de la influencia de esta. Por lo tanto, el autor afirma la importancia de un analista someterse al análisis de tiempos en tiempos, una vez que, el análisis personal del analista parece ser siempre inacabada.

Nos parece imprescindible resaltar la cuestión del comprometimiento y seriedad de un análisis, pues, una vez que ella debe proporcionar alteraciones en el ego del paciente, que entendemos perduraran en el transcurrir de su vida, es también fundamental tener claridad sobre lo que Freud (1937/1996) dice en relación a los conflictos que permanecieron inactivos. Refiere, entonces, que, si no hay manifestación de un conflicto instintual, el análisis no puede influenciarlo a hacerse presentemente activo.

Lacan (1960/2008), en su importante seminario sobre la Ética, relata la función del bien. Según él, todos los cambios que se operan entre los hombres, inclusive una intervención analítica, se coloca a servicio y autorización del bien. En ese contexto, el psicoanalista debe saber, cada momento, cual la relación que establece con el deseo de hacer el bien, con el deseo de curar. Sobre el deseo, sigue el autor:

Tenemos que contar con él cómo algo susceptible de desencaminar-nos, y, en muchos casos, instantáneamente. Diría más - se podría de manera paradójica, o incluso decisiva, designar nuestro deseo como un no-deseo de curar. Esa expresión no tiene otro sentido sino lo de alertarnos contra las vías vulgares del



bien, tal como ellas se ofrecen a nosotros tan fácilmente en pendiente, contra la estafa benéfica del querer-el-bien-del-sujeto (Lacan, 1960/2008, p.262).

Bajo este prisma, se entiende que no está en las manos del analista atender a todos los pedidos de análisis, es fundamental que él analice cada caso con cuidado a fin de decidir se acoge el sujeto en análisis o no. La función del bien, en este sentido, está tanto en acoger el sujeto en análisis, cuanto en encaminarlo a un otro, dependiendo de cada particularidad. El analista no busca el bien de su paciente, una vez que, buscar el bien en el otro puede ser un objeto de gozo, lo que contraría la ética. La ética psicoanalítica, por lo tanto, está en el descifrar del deseo del analista por él aún.

Es necesario que el analista disponga de sus bienes, o sea, que él tenga el derecho de privar los otros de sus bienes y, aunque el privador sea una función imaginaria, el bien del cual se es privado puede ser totalmente real. Esa es una cuestión fundamental de la experiencia analítica, en la cual, según Lacan (2008):

(...) lo que se llama defender sus bienes es sólo una única y misma cosa que prohibir a sí aún de gozar de ellos. (...) La dimensión del bien levanta una muralla poderosa en la vía de nuestro deseo. Es aún la primera con la cual lidiamos en cada instante y siempre. (...) un repudio radical de un correcto ideal del bien es necesario para llegar sólo a incautar en que veía se desarrolla nuestra experiencia (Lacan, 1960/2008, p.274).

El inconsciente es algo presentado al analista como un campo de un no-saber, y es en este campo que el analista debe operar. El paciente se sitúa en una posición de omisión fundamental ante el analista, o sea, es como si el no-saber del analista fuera algo



inaccesible. En ese contexto, Lacan (1960/2008) relata que el deseo humano tiene una relación con el hombre y su significante y, en el momento en que el movimiento del deseo transpone la línea de desvelamiento del inconsciente en análisis, puede haber un cambio en esa relación o, incluso, la destruya y es cuando el autor se remite a Freud para hacer referencia a la pulsión de muerte. Así, el analista es portador de la tarea de conducir este movimiento entre hombre y significante, mientras que no permita que tal relación sea destruida.

Al en los deparamos con la cuestión del bello, refrendada por Lacan (1960/2008), se entiende que el mismo viene a ser algo de la orden de los artes, de la belleza y que posee una relación singular con el deseo, en la cual el bello se manifiesta como privador del deseo. Por esta vía, se percibe que el bello se manifiesta como una pulsión destructiva. Aún así, él parece favorecer al analista a no desviarse del deseo del sujeto si este tenga la claridad de que se trata de un engodo, algo que hace interlocución con la fantasía y, según el autor, significa “bello-no-toque-en eso”.

Rosa Jr. (2011)¹, al refrendar Lacan, afirma que, sobre la formación del analista, el analista debe ocuparse de las formaciones inconscientes, como chistes, actos fallidos, sueños y síntoma. De esta forma, el autor relata que el dispositivo del pase se da cuando el sujeto se apropia de sus formaciones inconscientes. Así,

(...), del punto de vista ético sólo podemos ofrecer escucha a alguien que nos endereza un pedido de ayuda se, a través de algún otro, leemos nuestros propios síntomas. De lo contrario, estaremos siempre leyendo en el otro las insignias de nuestro padecimiento (...) (Rosa Jr., 2011).

¹ Palestra proferida por Norton Cezar Dal Follo da Rosa Junior, na UFSM/CEIP em 17 de julho de 2011.



Rosa Jr. (2011), hace alusión a la cuestión del gozo, cuando relata que las formas de gozo de los analizantes son guías para la cura de cada análisis y, una vez que, el neurótico goza para no desear, el análisis desempeña su papel situando el sujeto delante de su deseo a fin de que él desee sin suponer que algo podrá ocurrirle se haya lo gozo (gozo fálico). Y en este sentido,

(...)formación requiere primero curarse de sí aún, de las tesis que construimos para lidiar con el Otro para soportar la vida que insistimos en aplazar, así como, de las capturas imaginarias que nos recluimos (...),si el neurótico demanda reconocimiento, ser amado, si él se culpa porque no hizo el mejor al otro o si este otro no le atendió en sus ideales, si él no trató eso, o sea, si él no soporta la falta en el otro, él será un terapeuta que irá a pedir amor y reconocimiento a sus pacientes (...) (Rosa Jr., 2011).

Lacan (1967/2003) relata que, en la psicanálise, hay un principio, lo de que el analista sólo se autoriza por sí aún. En concordancia con este pensamiento, Quinet (2009) hace alusión a dos instancias que garantizan esta frase: el dispositivo del pase, en la cual el analizante hace su pasaje de analizante a la analista; y las pruebas de condução de análisis por los analizantes. La autorización del analista, por lo tanto, no es algo hecho por Otro, pero por él mismo, desde que haya coherencia en su recorrido. En ese sentido, autorizarse por sí mismo no significa que cualquier sujeto hablante pueda decirse analista teniendo como criterio su propio gozo, pero que el analista deberá saber el momento en que ya es posible autorizarse. El autor resalta que:



Esa autorización nunca puede venir del Otro, porque la autorización, dentro de la teoría lacaniana, es un acto de un sujeto en el cual el Otro está excluido. Si es la teoría del acto psicoanalítico que sostiene esa autorización, se ve, sin embargo, que, en la mayoría de las veces, lo autorizarse a comenzar a atender no es un acto psicoanalítico, pero un pasaje al acto o un acting-out (Quinet, 1951/2009, p.78).

Referente al acto analítico, en el cual el analisante se hace analista, Quinet (1951/2009) dice que el acto implica soledad, pues se trata de un sólo, no hay colectivo, pero eso no significa que quién lo efectúe sea el único. La soledad del acto corresponde al objeto a, mientras que considerarse el único corresponde al matema del yo. En ese sentido, el autor afirma que considerarse el único es una forma de protección contra la soledad del acto analítico, sin embargo, esta soledad se distingue del aislamiento, pues se trata de un acto implicado en un lazo social, o sea, el discurso del analista. Y, para que pueda ser soportada esa soledad y renunciarla como hizo Lacan, es que existe la Escuela.

Las Escuelas pueden garantizar que un analista dependa de su formación y él aún puede querer esta garantía, garantizaba esta referida por Lacan (1967/2003) como un ir más además, o sea, "...hacerse psicoanalista de la propia experiencia" . (p.248). En este sentido, se percibe que, cuando se habla en autorización por sí aún, se habla también de un analista cònsco de sus inversiones en la psicanálise. Lacan (1967/2003) afirma que ninguna enseñanza habla del que es realmente la psicanálise, pero lo que se habla es de como esta línea teórica debe ser conforme. Esto implica pensar en la singularidade de cada analista, aunque todos tengan un elemento norteador para su práctica.



La Escuela, sin embargo, puede dar garantía al analista con la formación que ella dispensa, es decir establecido como normativa. Pero, es en ese sentido que Lacan (1967/2003) hace alusión a un fallo existente en las Escuelas, una vez que estas son incorporadas como una sociedad. El fallo de la cual se refiere el autor es referente a la falta de inventividad, de la cual el analista parece ser barrado, en la cual podría el analista encuentre diferentes caminos a fin de evitar las dificultades y maleficios inherentes a este régimen socialitario. Aquí, encontramos un atravesamiento del real, que, por veces, es incondizente con la clínica psicanalítica, atravesamiento este que provoca su propio desconocimiento o, incluso, su negación, en que el objeto y objetivo de la psicanálise parecen no articularse.

Lacan (1967/2003) relata que el analista debe poder hablar de su clínica y, por eso, él no se colocaba a favor de analistas independientes. La clínica de la autoautorización debe permitir que el analista pueda hablar sobre el dispositivo del pase, del pasaje de analisante la analista. Quinet (2009), bajo la misma perspectiva, afirma ser la Escuela el lugar donde el analista puede disponer de su relación con el acto analítico, que significa hablar, escribir, restituir, transmitir ese acto para de él poder disponer, una vez que, aunque el analista sea el único a tener relación con su acto analítico, es necesaria una Escuela para lo dispuso. De esa manera,

La Escuela es, por lo tanto, ese lugar del Otro de la disposición del acto analítico.

La Escuela es el Otro como lugar de esa aporia; es el lugar de la dificultad lógica en relatar el acto analítico. No es el Otro consistente que goza, no es el Otro que pueda ser encarnado. Es el Otro como lugar, el Otro para la averiguación del



deseo del analista, que, por definición, es un deseo en que el Otro falta (Quinet, 1951/2009, p.135).

En la práctica clínica, Lacan (1967/2003), al referendar Freud, relata la grande insistencia de este cuánto al hecho de que cada caso debe ser analizado como si el psicanalista nada hubiera aprendido con sus otros pacientes. En contrapartida, Lacan (1967/2003) relata que hay un aprendizaje sí, pero que eso, de forma alguna, autoriza el psicanalista, el cual no se puede dar por satisfecho con su supuesto saber, y sí, dar importancia al que él aún tiene que saber sobre el caso. El analista, al final de su propio análisis, cuando acontece el dispositivo del pase, se constituye como una objeción al saber del Otro y, así, él coloca algo de sí en la construcción del saber psicanalítico y acaba por contribuir con un estilo singular a una innovación del saber. Bajo esa perspectiva, Quinet (2009) elucida:

Cuando el sujeto llega al final de análisis, se depara con el punto de inconsistencia del Otro, allá donde el Otro no responde, dejando el sujeto sin recurso, pues sabe que del Otro no vendrá cualquier salvación. El Otro no responde porque no existe y el sujeto se ve delante de la soledad originaria, del desamparo (...), el síntoma pierde también su dirección al Otro y ahí se reduce a uno toco de real (Quinet, 1951/2009, p.178).

En el fin de un análisis, el sujeto supuesto saber cae y pierde su consistencia como ser, dando pasaje, así, al analisante ser analista de un otro sujeto, es el momento de la travesía de la fantasía, en la cual el objeto cae y el sujeto es destituido. Hay, en ese sentido, un cambio en la posición subjetiva en que el sujeto deja de ser sujeto del deseo y



pasa la dejeto del deseo del Otro, deja de ser sujeto del significante y pasa a objeto fuera del simbólico (Quinet, 1951/2009).

Se sabe que hay transmisión por la vía del síntoma, al cual es posible identificarse y tal vez sea identificación que ocurra entre analista y analisante en final de análisis, o sea, durante el dispositivo del pase. Sin embargo, Quinet (1951/2009) afirma que el analista debe saber callar su síntoma a fin de que consiga conducir un análisis y solamente operar con su deseo.

El psicanalista es tenido por el paciente como sujeto supuesto saber, siendo nada más del que un significante ternario en el análisis que no se encuentra en el real. Es imprescindible que el psicanalista sea concio de que, del que le es supuesto, él nada sabe. Sin embargo, el analisante, habiendo resuelto el deseo que lo hubiese sostenido en análisis, parece perder el interés, dejando el resto, lo que hace decaer al psicanalista y lo destituye como sujeto. Así, Lacan (2003) afirma:

(...) el simple establecer una interdição de aquello que se impone de nuestro ser equivale a ofrecernos a una reviravuelta del destino que es maldición. Lo que es rechazado en el simbólico, recordemos el veredito lacaniano, reaparece en el real (Lacan, 1967/2003, p.257).

Sin embargo, ser psicanalista es inherente a un deseo del sujeto, y por veces, esa rechaza impuesta por el analisante hace con que el psicanalista sepa aceptar su destitución, situación esta colocada por Lacan (1967/2003) como una decisión a ser tomada por el psicanalista, a de enfrentar la verdad o ridicularizar su saber.



Es en este momento, en que el psicanalista es destituido de su supuesto saber, que el analisante tiene su pasaje la psicanalista, de esa forma:

(...) el pasaje de psicanalisante la psicanalista tiene una puerta cuya bisagra es el resto que constituye la división entre ellos, porque esa división no es otra sino a de el sujeto, de la cual ese resto es la causa (Lacan, 1967/2003, p.259).

El deseo del sujeto pasa a ser entendido como un des-ser, en que se revela un sujeto supuesto saber que no más es esencial, y sí, un significante cualquiera y, así, el ser del deseo hace junción a un ser del saber para renacer (Lacan, 1967/2003). Quizás, por este motivo, Freud hacía alusión a que no habría un aprendizaje previo con la experiencia, y sí, a que, cada caso, el psicoanalista recomienza, pues, cada término de análisis, es necesario que él renazca.

El analista sólo tendrá las qualificações necesarias para el ejercicio de la profesión mediante su análisis personal, que comenzará a prepararlo para la futura actividad. Y, aunque sólo el análisis no baste, Freud (1996) cree que los estímulos recibidos durante el análisis no cesen con su fin, o sea, los procesos de remodelamento del ego continúan atuantes en la vida del sujeto mismo con el término del análisis. Así, sigue el autor:

(...) eso de hecho acontece y, en la medida en que acontece, califica el individuo analizado para ser, él propio, analista. (...) ese análisis habrá realizado su intuito suministrarse a aquel que aprende una convicción firme de la existencia del inconciente si el capacitar, cuando el material reprimido surge, a percibir en sí aún cosas que de otra manera serían increditáveis para él (...) (Freud, 1937/1996, p.265).



La releitura de Freud (1937/1996) nos remite a la cuestión del síntoma, cuando el autor hace referencia a que el término de un análisis llevaría a un no sufrimiento del paciente en relación a su síntoma. Pero, se cree ser importante la referencia al movimiento causado por el análisis en relación al síntoma del paciente, siendo que, prefire-decirse que no hay un esgotamiento del síntoma, y sí, un movimiento que permite al sujeto hacer con el síntoma. De forma alguna quiero resaltar que las causas del sufrimiento del paciente no sean extintas, pero sí que la mola propulsora de tales sufrimientos ocupa otro lugar, el cual permite que el sujeto se mueva de forma diferente.

Se entiende que la autorización del sujeto en psicanálise viene a ser un movimiento que se da en relación al sujeto ocupar un lugar, una posición subjetiva. Y, cuando se piensa que el objetivo de la psicanálise es manejar lo síntoma y para allá de el se piensa o que ella pueda hacer con el sintoma, o sea, que hay un movimiento del sujeto en relación al síntoma, una vez que se entiende que ser psicanalista es caracterizado como un síntoma. En ese sentido, se cree que la autorización puede darse de varias formas, dependiendo de cada sujeto, pero que, tal vez de más ética de ellas sea durante su propio análisis y de forma singular.

Bajo este aspecto, Freud (1996) deja claro en el texto La Cuestión del Análisis Laico,

(...) que todo aquel que quiera practicar el análisis en otras personas se someta él propio a un análisis. Es solamente en el curso de esa “auto-análisis” (...) cuando ellos realmente tienen la experiencia de que su propia persona es afectada – o antes, su propia mente – por los procesos afirmados por el análisis, que adquieren las convicciones por las cuales son ulteriormente orientados como analistas (Freud, 1926/1996, p.194).



Freud (1926/1996) si refiere a la importancia de la interpretación en un tratamiento analítico, según él, el material traído por el paciente en análisis, sean recuerdos, asociaciones o sueños, deben ser interpretados. Es fundamental entender que inicialmente algunos materiales traídos por el paciente parecieron haber poco significado, y para que sea posible llegarse al material importante al análisis el analista debe ir extrayendo a los pocos lo que se busca. De esta forma, la interpretación no sigue un curso libre, entendamos que, se hace necesario un correcto grado de autodisciplina y conocimiento para que las características personales del analista no interfieran en su actuación y que así, consiga alcanzar su objetivo con el paciente. Así, sigue el autor

(...) y aquí, antes de todo, somos llevados a la obligación del analista hacerse capaz, por un profundo análisis de él propio, de la recepción sin prejuicios del material analítico (Freud, 1926/1996, p.212).

Freud (1926/1996) también relata en su texto, La Cuestión del Análisis Laico, que, saber reconocer el momento correcto de hacer una interpretación, o sea, el momento en que el paciente esté pronto para oír tal comunicación, es, una cuestión de tato, o sea, el conocimiento es fundamental para la práctica analítica sin embargo, algunas funciones sólo serán incautadas con la experiencia. Así, se percibe que no se puede tener prisa cuando se habla en análisis, pues lanzar mano de todas las interpretaciones que vengan la cabeza del analista sería una tentativa sin éxito de encurtar el análisis, generando resistencia, rechazo e indignación en el paciente y no permitiendo que su ego domine el material reprimido. En este sentido, podemos inferir que muchos psicólogos, o analistas no se autorizan en su práctica clínica temerosos de cometer posibles errores, que con



toda la certeza ocurrieron, pero es en este sentido, que es posible pensemos que cómo cualquier profesión, ser analista necesita también de mucha experiencia para que podamos extraer el material necesario y alcanzar el objetivo.

Jacques Lacan (1963/2005) en su Seminario sobre la Angustia, relata que la angustia no es lo que sufoca los psicanalistas, aunque debería serlo, y dice también que es fundamental que el analista pueda sentir lo que tanto de angustia que cada paciente puede soportar, esto coloca el analista a la prueba a todo el momento en análisis.

En este mismo Seminario, Lacan (1963/2005) afirma que en el inicio de la práctica analítica, aunque pueda haber muy conocimiento y disposición, necesariamente hay en el analista, un sentimiento de angustia para con su paciente. Aun así, el autor esclarece que la angustia que mueve y guía el analista no es la misma que aparece en su paciente.

Lacan (1963/2005) hace alusión a inhibición cómo estando en la dimensión del movimiento, específicamente se trata de la paralización del movimiento, un impedimento que viene a ser un síntoma, una vez que, no se entiende como inhibición de una función o movimiento, pero sí, inibição del propio sujeto. En este sentido, el autor relata que el impedimento está relacionado a la captura narcísica, pues esta introduce lo cuánto es posible invertir en un objeto, una vez que, hay una inversión erótico en el falo. Así,

(...) el impedimento ocurrido está conectado a este círculo que hace con que, en el mismo movimiento con que el sujeto avanza para lo gozo, es decir, para lo que le está mal distante, él depare con esa fractura íntima, muy próxima, por tenerse dejado atrapar, en el camino, en su propia imagen, la imagen especular. Es esa la trampa (Lacan 1963/ 2005, p.19).



La angustia es un afecto, dice Lacan(1963/2005) que, relata haber una catalogación de acepciones sobre el empleo del término afecto. De esta manera, lo afecto puede ser concebido como constitutivo de una descarga de la pulsión, como una tensión variable y generalmente conflictuosa o aún, en concordancia con la teoría freudiana, el afecto como sinalizador, en el nivel egóico, de un peligro venido de algún lugar. Freud (1939/1996) afirma que los eventos mentales son conectados y regulados por el principio de placer, así siendo, este principio intenta reducir cualquier tensión a fin de evitar algo desagradable para el sujeto. Una vez que, se entiende la angustia como un displacer inmediatamente, el principio de placer parece estar permanentemente luchando para disminuir la angustia. Tanto el principio de placer, cuanto lo de displacer poseen una relación con condiciones de estabilidad e inestabilidad.

Es posible pensar la angustia como un displacer, y Freud en su texto, “Más allá del principio del placer” de 1939, relata que el displacer viene a ser un aumento en la cantidad de excitación del sujeto. El displacer, sin embargo, sería un desvío de la estabilidad. El autor sigue afirmando que el aparato mental se esfuerza para mantener la cantidad de excitación el más baja posible o constante. De esta forma, se cree que el aparato mental está constantemente en la tentativa de disminuir la angustia, que es tenida como algo desagradable, pues se entiende que cualquier cosa que intente aumentar la cantidad de excitación es tenida como desagradable. Sin embargo, Freud (1996) relata que

(...) es incorrecto hablar en la dominancia del principio del placer sobre el curso de los procesos mentales. Si tal dominancia existiera, la inmensa mayoría de nuestros procesos mentales tendría que ser acompañada por el placer o conducir a él,



mientras que la experiencia general contradice completamente una conclusión de ese tipo (Freud, 1939/1996, p.19).

Freud (1996) afirma que gran parte del displacer que experimentamos es un displacer perceptivo así,

(...) ese displacer puede ser la percepción de una presión por parte de los instintos insatisfechos, o ser la percepción externa del que es aflitivo en sí mismo lo que excita expectativas displacerozas en el aparato mental, es decir, que es por él reconocido como un peligro (Freud, 1939/1996, p.21).

La angustia, sería, según el autor, un estado particular de espera o preparación para el peligro, aunque este sea aún desconocido.

La conciencia es entendida por Freud (1996) como una función especial de los procesos mentales, así dice el autor:

(...) lo que la conciencia produce consiste esencialmente en percepciones de excitación provindas del mundo externo y de sentimientos de placer y displacer que sólo pueden surgir del interior del aparato psíquico; así, es posible atribuir al sistema Pcpt.-Cs. una posición en el espacio (Freud, 1929/1996, p.35).

En este sentido, se puede inferir que cuando se habla en angustia, se habla de uno afecto, para citar Lacan (2005), que, por su parte, se encuentra en el nivel del sistema perceptivo conciente, que se sitúa en la línea fronteriza entre interior y exterior, o sea, entre conciente e inconciente. Si este afecto estuviera en el nivel de la conciencia serían



establecidos límites para el recibimiento de nuevas excitaciones. En contrapartida, si fuera inconciente sería difícil explicar como un proceso inconciente puede ser acompañado por el fenómeno de la conciencia. Tal vez sea más correcto afirmar que la angustia se encuentra oscilando entre conciencia, aunque parezca permanecer el mayor tiempo en este nivel, e inconciencia.

Bajo este aspecto Freud (1996) esclarece:

La situación del sistema, entre exterior e interior, y la diferencia entre las condiciones que rigen la recepción de excitación en los dos casos, tienen un efecto decisivo sobre el funcionamiento del sistema y de todo el aparato mental. En el sentido del exterior, se halla resguardado contra los estímulos, y las cantidades de excitación que sobre él incidem poseen sólo efecto reducido. En el sentido del interior, no puede haber ese escudo, las excitaciones de las capas más profundas se extienden para el sistema directamente y en cantidad no reducida, hasta donde algunas de sus características dan origen a sentimientos de placer-desprazer (Freud, 1939/1996, p.39).

De acuerdo con Freud (1939/1996) las excitaciones pueden tanto sean provindas del exterior cuanto del interior y, en este sentido, las más fuertes fuentes de excitación interna son descritas por el autor como instintos, “(...)los representantes de todas las fuerzas que se originan en el interior del cuerpo y son transmitidas al aparato mental” (p.45). A esos instintos llamaremos de pulsion.

La pulsión presenta como punto de impacto los sistemas inconcientes que, por su parte, son pertenecientes al proceso psíquico primário, donde las catexias pueden ser



fácilmente transferidas, condensadas o desplazadas. La pulsión, tiene la restauración de un estado anterior de cosas. Así, dice Freud (1939/1996), “parece, entonces que un instinto es un impulso, inherente a la vida orgánica, a restaurar un estado anterior de cosas, (...)” (p.47).

Mientras Freud (1939/1996) relata la angustia como teniendo un objeto destinado y aún ejemplifica la cuestión placer-desplacer con la broma infantil del fort-dá, Lacan, relata ser la angustia una falta sin objeto, objeto a, objeto causa de deseo.



Referencias

- Freud, S. (1996). A questão da análise leiga. *In Obras completas* (Vol. XX, p.175). Rio de Janeiro: Imago. (Originalmente publicado em 1926)
- Freud, S. (1996). Análise terminável e interminável. *In Obras completas* (Vol. XXIII, p.225). Rio de Janeiro: Imago. (Originalmente publicado em 1937).
- Freud, S. (1996). Construções em análise. *In Obras completas* (Vol. XXIII, p.275). Rio de Janeiro: Imago. (Originalmente publicado em 1937).
- Freud, S. (1996). Além do princípio do prazer. *In Obras completas* (Vol.XVIII, p.13). Rio de Janeiro: Imago. (Originalmente publicado em 1939)
- Lacan, J. (2003). Outros Escritos. Proposição de 9 de outubro de 1967 sobre o psicanalista da Escola. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Ed. (Originalmente publicado em 1967).
- Lacan, J. (2005). A angústia. In Seminário 10 (p. 11-52). Rio de Janeiro: Jorge Zahar Ed. (Originalmente publicado em 1963).
- Lacan, J. (2008). A ética. In Seminário 7 (p. 260-275). Rio de Janeiro: Jorge Zahar Ed. (Originalmente publicado em 1960).
- Quinet, A. (2009). A estranheza da psicanálise. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Ed. (Originalmente publicado em 1951).
- Rosa Jr., N. C. (2011). A formação analítica. Palestra proferida na UFSC/CEIP, julho, Santa Maria.